



ORTEGA y FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II
NÚM. 11

12 ENERO
1926

SEMANAL
POPULAR

PRE-
CIO:
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

Honor de esposa y corazón de madre por *Ramón Ortega y Frías*

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saa-vedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra. Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastre, y éste ocultó el motivo de la visita. En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo. La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente imposibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía. Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterrorizó. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo. Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro. En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había

(Continúa en la penúltima página).

La condesa, cuyas fuerzas disminuían considerablemente, quiso aprovechar los momentos, y dijo:

—Medita, y cuando hayas decidido...

—Madre mía, si para vuestra felicidad es preciso que sacrifique mi vida, no me veréis vacilar un instante; pero tened presente que se trata también de la dicha de esa infeliz...

—Nada he olvidado; he pensado en todo, y... ¡Déjame, Leandro!

—¿De qué puede servir que yo me case con la hija del comendador?

—¡Compadece a tu pobre madre; no te digo más!

—¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

—¡Un misterio horrible; misterio que no debes conocer, porque sufrirías mucho, porque!...

—¡Madre mía —interrumpió el joven arrebatadamente—, mi amor!...

—¡Es tu vida; ya lo sé!

—¡Y vos, que tanto me amáis también!...

—¡Hasta el sacrificio de tu vida te exijo! ¡No —añadió la condesa cambiando de tono y con febril exaltación—; no te exijo nada! ¡Reflexiona; decide! ¡Oh! ¡Déjame, Leandro; déjame! ¡Dios mío, acabad con mi vida!

—¡No me iré si no me dais explicaciones!

—Acuérdate de que el honor de Consuelo peligra, porque no es posible que se te haya ocultado...

—¡Oh! —exclamó Leandro apretando los puños con toda la fuerza de su desesperación— ¡Mi padre!

—¡Vete, Leandro; te lo suplico!

—¡Madre de mi alma!...

—¡Por mucho que sufras, por muy desgraciado que seas, no puedes serlo tanto como yo!

—¿Y quién es la causa de vuestra desdicha?

— ¡La fatalidad! —respondió la condesa con sombría voz.

— Pero la fatalidad estará representada por alguna criatura, y cuando yo sepa quién es...

— ¡Nada puedes hacer en favor de tu pobre madre!

— ¡No existe el imposible para mí cuando de vos se trata!

— Por de pronto escucha mis ruegos y déjame, y entretanto que Dios quiere devolverme la calma, mide tus fuerzas para la lucha que has de sostener, y haz lo que mejor te parezca para que se salve el honor de esa criatura infeliz, que es no menos digna de protección que de lástima.

Convencióse Leandro de que nada conseguiría, y se separó de su madre con la esperanza de que Consuelo le daría algunas explicaciones que pudieran servirle para poner en claro el misterio.

Esta esperanza había de desvanecerse muy pronto, puesto que sabemos ya que la joven había quedado tan confusa como su amante.

Éste, presa de una agitación horrible, salió de su casa.

Parecíale que su cabeza iba a estallar.

La escena que acababa de tener lugar había sido muy breve, pero de muchísima importancia, puesto que para Leandro cambiaba completamente la situación.

Su madre le exigía que olvidase a Consuelo, y, además, la belleza de Consuelo se la disputaba su padre.

Luchar con éste y con un misterio, luchar con su propio corazón...

¡Infeliz Leandro!

Y aún debía complicarse mucho más su situación.

CAPÍTULO XXIX

Querubín sigue dando pruebas de su ingenio.

No habrá olvidado el lector que dejamos al intrigante Andrés camino de la costanilla de Santiago, y ahora, retrocediendo, debemos seguirle para saber lo que consiguió.

Pensaba entablar conversación con los vecinos de la casa, porque éste era el único medio que tenía, y antes de entrar se detuvo como si quisiera reconocer el terreno.

En el portal y junto al biombo encontrábase Querubín, que había tenido con el sastre una larga conferencia.

El mancebo reconoció al sirviente, y, muy sorprendido, dijo para sí:

—¿Qué busca este bribón? ¡Preciso es conocer sus intenciones y sacar el mejor partido posible de la situación!

Y como el travieso Querubín no necesitaba reflexionar mucho para poner en práctica sus resoluciones, volvió la espalda hacia la puerta, acercóse al biombo, se asomó al ventanillo, y reanudó la conversación con el señor Policarpo.

Andrés, subiendo el embozo de su capa, entró en el portal, detúvose junto al mancebo y le preguntó:

—¿Sois vecino de esta casa?

Querubín, sin volver la cabeza, respondió:

—Sí, para lo que gustéis mandar.

—No deseo más que saber si viven aquí dos mujeres cuyos nombres...

—La una es madre de la otra; ¿no es verdad?

—No os equivocáis.

—La madre se llama Mariana; la hija, Consuelo—re-

puso Querubín, siempre con la espalda vuelta al criado—; y con mucho acierto han puesto ese dulce nombre a la joven, pues por su hermosura puede muy bien ser el consuelo de las almas que estén más afligidas.

Felicitóse Andrés, creyendo que la fortuna le deparaba un hablador de quien fácilmente sacaría el mejor partido.

—Necesito algunas noticias de esas dos pobres mujeres —repuso Andrés—, porque una persona caritativa...

—Entiendo; y como en eso a nadie puede hacerse mal, os daré las noticias, aunque no ahora mismo, porque tengo que ir a remojar el tragadero, y esa ocupación es de mucho interés para mí.

En buenas palabras y con más o menos disimulo el mancebo exigía que le convidasen en pago de las noticias que podía dar. Creyéndose doblemente afortunado, Andrés dijo:

—A mí me sucede lo mismo que a vos, y si no tuvieseis ningún inconveniente, brindaríamos como buenos amigos a la salud de vuestras vecinas.

—¡Con mucho gusto!

—Pues, vamos.

—Venid.

Y esto diciendo, el travieso rapaz se separó del biombo y salió de la casa.

Andrés le siguió, sin haber podido verle todavía el rostro.

Poco tenían que andar, pues había una taberna en la esquina de la calle de Milaneses, y allí entraron, yendo a situarse en el más apartado rincón.

—Sentaos, señor Andrés —dijo Querubín.

—¿Quién os ha dicho mi nombre? —replicó sorprendido el criado.

—Os conozco hace mucho tiempo.

—¿Vos?

—Miradme.

—¡Ah!

—Quiero ser vuestro amigo.

Arrugóse el entrecejo del criado, puesto que creía firmemente que el joven era su rival; pero Querubín desplegó una sonrisa maliciosa y dijo:

—Mi buena fortuna ha querido proporcionarme esta ocasión, y pronto os convenceréis de que no hay motivo para que me miréis con disgusto.

Era demasiado cauto Andrés para pronunciar una sola palabra que le comprometiese, y se concretó a decir:

—No os comprendo.

—Aquí está el vino: si bien os parece, remojaremos el paladar, y luego hablaremos de nuestros asuntos.

—Sí; preciso será que os expliquéis.

Llenaron los vasos y bebieron.

Andrés fijó una mirada escudriñadora en Querubín.

Éste sonría.

—Ya os escucho —dijo el primero.

—No es ésta la primera vez que me veis.

—No.

—Tenéis motivos para creer que estoy enamorado de la misma mujer a quien vos amáis.

El rostro del sirviente palideció.

Volvió a llenar el vaso y a beber.

Querubín prosiguió diciendo:

—Yo no miento por nada del mundo, y os hago la justicia de creer que a vos os sucede lo mismo.

—No os equivocáis.

—Es verdad, y muy verdad, que he galanteado a la bellísima Juana.

—No lo ignoro.

—Pero galantear no es amar, y eso lo comprenderéis, porque vos mismo habréis galanteado a muchas mujeres a quienes mirabais con indiferencia. El buen humor necesita sus desahogos lo mismo que la ira, y un día

en que el buen humor me sobraba, e contré a vuestra compañera, le dije que era bonita, por decir algo, porque me era absolutamente preciso hablar, y aunque ella no quiso escucharme, sin vacilar juré que la amaba, pues los juramentos en tales casos no tienen ningún valor.

—Pero, según entiendo, más de una vez habéis hecho lo mismo.

—Porque la casualidad me ha deparado a Juana. Sin embargo, ella me dijo al fin: «Perdéis el tiempo, porque no está enteramente libre mi corazón.»

—¿Eso os dijo?

—Como lo estáis oyendo; y aunque no me dio más explicaciones, supuse que vos erais el afortunado mortal que había conseguido encender el pecho de la doncella.

—¡Tal vez!

—El asunto cambiaba de aspecto; lo que era una broma sin malicia podía convertirse en muy grave cuestión que ofreciese para mí más de un peligro y que me diese mucho que hacer; y aunque, a Dios gracias, no conozco el miedo, soy juicioso y no cometo la imprudencia de buscar ocasiones ni aventuras cuyos resultados pueden ser fatales.

—¿Y luego?

—Me he olvidado de Juana, y con toda mi alma le pido a Dios que os haga feliz.

Cuanto acababa de decir el mancebo podía ser verdad, y, aun cuando no lo fuese, desde el momento en que cedía el campo, no había derecho para exigirle nada ni motivo para mirarle con odio.

Andrés se tranquilizó.

Al fin, el ingenioso rapaz era casi un niño, y a un niño todo se le perdona.

Terminado este incidente, debía darse otro giro a la conversación.

Parecía Querubín una de esas criaturas cuyo mayor goce es hablar, y esto era cuanto el sirviente podía desear para hacer averiguaciones sobre las dos mujeres.

—¿Olvidáis el vino?—preguntó el criado.

—No lo olvido, y voy a brindar por vuestra dicha.

—Y yo a vuestra salud.

Otra vez se llenaron y vaciaron los vasos.

—Ahora—dijo Andrés—hablaremos...

—De las que he dicho que son mis vecinas.

—¿Pues no es así?

—No; pero yo necesitaba un pretexto para hablar con vos, y he aprovechado esta ocasión que me presentaba la casualidad. No son mis vecinas esas dos mujeres, y, sin embargo, puedo deciros de ellas cosas de mucho interés.

—¿Pues dónde vivís?

—En la plazuela del Alamillo, con mi buen padre, el señor de Guevara.

—Conozco ese nombre.

—No hay quien no le conozca en Madrid.

—¿Sois amigo de las dos mujeres que ocupan vuestra atención?

—Ni siquiera me han visto en su vida, y ésta es una gran ventaja, que procuraré explotar.

—¿Y cómo adivinasteis que eran ellas las que yo buscaba?

Querubín desplegó una maliciosa sonrisa y dijo:

—¡Bebamos, señor Andrés!

—Parece que os agrada el vino.

—Mi buen padre me ha enseñado a ser hombre.

—Aun no me habéis dicho cómo os llamáis.

—Tengo un nombre engañoso, un nombre que significa todo lo contrario de lo que soy.

—¡Picáis mi curiosidad!

—Me pusieron Querubín.

— ¡Vive el cielo!

— ¿Qué os admira?

— Perdonad si os digo que más pruebas de acierto hubiera dado vuestro padre...

— Comprendo: debían haberme llamado Satanás, Asmodeo, Belcebú o cosa por el estilo.

— Ya que no os enfadáis...

— Estoy acostumbrado a que me lo digan, y, además, no tengo amor propio, y lo reconozco así.

Había llegado el momento crítico para el mancebo, pues una palabra imprudente podía comprometerle y producir las peores consecuencias.

— Señor Andrés —dijo—, no tengo otra cosa que hacer, y averiguo la vida y milagros de todo bicho viviente.

— Es ocupación divertida.

— Además, las casualidades me protegen, y, sin que yo los busque, vienen a buscarme secretos de gran importancia.

— ¿Por qué decís todo eso?

— Lo digo para que no os sorprenda que conozca el motivo que tenéis para querer averiguar los secretos de la señora Mariana y su hija.

— Veremos si os equivocáis.

— Os referiré una historia, y si no es exacta, vos me probaréis que estoy equivocado.

— Os escucho otra vez —dijo el sirviente.

Y apoyó los codos en la mesa y la barba en las manos, quedando inmóvil y con la mirada fija en Querubín.

Este dijo:

— En cierto día, un pobre diablo que no tiene más fortuna que yo, ni más años que yo tampoco, vio a la encantadora hija del ilustre comendador don Pedro de Saavedra.

Andrés, aunque se había propuesto no interrumpir a su interlocutor, dejó escapar un grito de alegría.

Tal vez Querubín sabía^a quién era el amante misterioso de la hija de don Pedro, el atrevido que había dejado su capa en el jardín.

Esto tenía mucho mayor interés que los amores de Consuelo y de Leandro.

El travieso rapaz desplegó una leve sonrisa, tomó un vaso, bebió, y prosiguió diciendo:

—La bellísima hija de vuestro señor fijó también la mirada en el pobre diablo, y, sin que ellos mismos supiesen cómo sucedió, amáronse con locura, pusieron de acuerdo, y juraron luchar con todos los inconvenientes hasta vencer o morir.

—¡Por el infierno!

—¿Estoy equivocado, señor Andrés?

—¡Todo eso es la pura verdad!

—Ya veis que no exagero al asegurar que conozco muchos secretos del mayor interés.

—¡Proseguid, proseguid!

—¡Nunca falta un criado que se deje sobornar.

—¡Es muy cierto!

—Y el amante consiguió tener una llave, con la que a media noche pudo entrar más de una vez en el jardín de vuestra casa.

—Según los detalles que conocéis, debéis de ser amigo de ese hombre.

—Ya os he dicho que la casualidad es mi protectora.

—¡En vano intenté coger al atrevido amante!

—Y vuestro señor lo intentó también en vano, puesto que no consiguió más que apoderarse de una raída capa.

—¡Rayos!

—No fue posible sujetar todas las lenguas, prodújose el escándalo, y todavía ese suceso alimenta las con-

versaciones de los que, como yo, *no tienen que haer* más que fisgar vidas ajenas.

—¿Quién es ese hombre?

—¡Tened más calma, señor Andrés, que aun no he concluído!

—¡Acabad!

—Había deseado el ilustre comendador que su hija fuese esposa del no menos ilustre don Leandro de Sandoval, y en que se hiciera esa boda tuvo mayor empeño cuando se produjo el escándalo de que acabo de hacer mención.

—¡Es verdad!

—Pero don Leandro se resiste a casarse, y como eso no se concibe cuando se trata de una mujer como vuestra señora, ha debido de cavilar mucho don Pedro. Entretanto su hija, para dar a sus negativas mayor fuerza, ha dicho que no podía ser esposa de un hombre que amaba a otra mujer, añadiendo que esa mujer, aunque virtuosa, era pobre, que se llama Consuelo, y que vive en una casa de la costanilla de Santiago.

—¡El diablo me lleve si no sois adivino!

—Vuestro señor tenía mucho interés en que se pudiese en claro la verdad de esos amores, y os ha encargado averiguar, así como también os recompensaría muy largamente si pudierais decirle quién es el amante misterioso de su hija. Ahora preguntaréis cómo ésta ha podido saber que don Leandro amaba a Consuelo.

—Ese detalle tampoco lo ignoraréis.

—No lo ignoro.

—¿Y quién le ha dado esas noticias a la hija de mi señor?

—Su amante.

—Es imposible, porque ahora no se ven.

—Una vez cada día nada más.

—¡Señor Querubín!...

- Y hablan muy despacio y tranquilamente.
 - ¡Por Satanás!
 - ¡No os enfadéis, señor Andrés!
 - ¡Eso es imposible!
 - No hay nada imposible para un hombre enamorado.
 - Yo vigilo a todas horas.
 - El amante acecha sin cesar.
 - Los criados...
 - Para nada los necesita.
 - ¿Os burláis?
 - ¿No es exacto cuanto antes he dicho?
 - Sí.
 - Pues eso garantiza la exactitud de lo demás.
- Aturdido y confuso quedó el sirviente.

No podía creer que el amante misterioso entrase en la vivienda del comendador ni, mucho menos, que tuviese ocasión para hablar despacio y descuidadamente con María.

Querubín, siempre sonriendo, dijo:

- Voy a concluir.
- ¡Esperad!
- ¿Qué queréis?
- Quiero saber el nombre de ese amante.
- Os lo diré algún día, si me conviene.
- Vuestra negativa...
- Si os parece una ofensa, ya hemos concluido —interrumpió el mancebo.
- ¡Vive Dios!

—Es verdad que don Leandro ama ciegamente a Consuelo, y verdad es también que Consuelo ama con delirio a don Leandro: de lo cual se deduce que el ilustre caballero se dejará matar antes que casarse con la bellísima hija del comendador; y como ese otro pobre diablo es ingenioso y atrevido, pondrá toda clase de obs-

táculos para que no se cumplan los deseos del comendador.

—Supongo que así sucederá.

—¿Queréis saber algo más de esas dos pobres mujeres?

—Si conocéis su historia...

—Sí.

—Pues referidla, sin olvidar ningún detalle.

Otra vez bebió Querubín como si quisiese probar que tenía la cabeza firme.

—Al fin se emborrachará —dijo para sí Andrés—, y entonces revelará el secreto.

Excusado es advertir que se equivocaba, y que al terminar la conversación había de quedar esta esperanza desvanecida.

El rapaz dio a conocer todos los antecedentes de la vida de Mariana.

Escuchó el criado con religiosa atención, diciendo luego:

—Está bien.

—Ya no dudaréis que podemos ser buenos amigos.

—¡Olvidemos por ahora a esas dos pobres mujeres!

—Como bien os parezca.

—Una cosa os diría, si no hubierais de ofenderos.

—¿Es mentira?

—Es verdad.

—Pues la verdad nunca me ofende.

—Sois pobre.

—No lo niego, y, lo que es más, con mi pobreza me honro.

—Pero convendréis conmigo en que la pobreza es muy desagradable.

—Eso sí.

—Pues bien; ahora tenéis la ocasión de hacer vuestra fortuna.

—¡Creo que os equivocáis!

—Conocéis al amante de la hija de mi señor...

—No os molestéis en ofrecermé una recompensa por ese secreto, porque no he de revelarlo hasta que me convenga, y entonces lo haré desinteresadamente.

—Pero si no os conviene nunca.

—Señor Andrés, soy muy joven, casi un niño; pero sé cumplir mis promesas como cualquier hombre.

—No lo dudo.

—Pues podéis decir a vuestro señor que prometo darle a conocer el amante de su hija, aunque ahora no puedo decirle cuándo lo haré.

—Si lo hicieseis ahora...

—Ya os he dicho que me desagrada la pobreza; pero tened entendido que no quiero ser rico si han de regalarme las riquezas.

—Cuando tengáis tanta experiencia como yo...

—Seré el mismo, porque ya sabéis que no se cambia la condición ni la figura.

—¿Y también vuestro padre conoce ese secreto?

—También; pero a nadie lo revelará.

—¿Y hay alguien más que lo conozca?

—No pasará el día de mañana sin que también sepa don Leandro quién ama a la hija del comendador.

—Pues secreto guardado entre tantas personas...

—Ninguna de ellas cometerá una indiscreción; os lo aseguro.

—¡Vive el cielo! ¡Sois capaz de hacer perder la paciencia al hombre de más calma!

—El día que todo se descubra, reconoceréis que he tenido razón para hacer lo que hago.

—Pero ¿queréis favorecer a mi señor, o al amante misterioso?

—Trabajo para mi provecho y nada más.

—¡A veces estáis incomprensible!

—Ya me entenderéis, amigo mío.

— ¡Bebamos, bebamos!

— Beberé; pero, a fuer de leal, os advierto que a mí el vino me hace enmudecer.

— ¡Oh!

— Adivino vuestras intenciones, y no me enfado.

— ¡Por Satanás, que valéis mucho y es imposible que el más astuto os engañe!

— Sin embargo, envidio vuestra experiencia.

— Señor Querubín, no será ésta la última vez que nos veamos.

— Todos los días, a todas horas, si así lo deseáis.

— No llevaréis a mal que de vos le hable a mi noble señor.

— Podéis hacer lo que mejor os parezca.

Por espacio de otra media hora prolongaron la conversación. Aunque Andrés no había conseguido todo lo que deseaba, creyó haber adelantado mucho. ¿No debía de serle muy útil el ingenioso rapaz? El sirviente creyó que sí. Salieron de la taberna, despidiéronse como los mejores amigos del mundo y se separaron. Querubín fue en busca de su protector. Andrés volvió a su casa. El comendador le aguardaba con impaciencia. No podía ocultar su contento el criado.

— ¿Qué has conseguido? — preguntó afanosamente el caballero.

— Mucho, señor; mucho más de lo que me proponía, aunque no tanto como deseo.

-- ¡Sepamos!

— La fortuna me ha deparado a un mancebo que conoce detalladamente el secreto de los amores de mi noble señora, vuestra hija.

— ¡Ah!

— Y conoce también al misterioso amante.

— ¿Quién es, quién?

— No ha querido decírmelo.

—¡Has debido ofrecerle dinero, montones de oro!

—Ha sido inútil.

—¿Y quién es ese mancebo?

—Dice que habita en la calle del Alamillo, y que su padre se llama Guevara.

—¿Guevara?

—Su nombre es Querubín.

—¡Oh! ¡Querubín!

—¿Acaso le conoce vuestra señoría?

—Sí.

—Pues, entonces...

—¡Prosigue!

—Promete descubrir el nombre del amante cuando bien le parezca hacerlo, y sin exigir ninguna recompensa; dice que su padre conoce también el secreto, y que dentro de pocas horas se lo revelará al señor Leandro. El tal Querubín es demasiado listo, parece travieso y audaz, y asegura que no quiere favorecer a nadie, sino hacer su negocio, a pesar de que principia por rechazar el dinero que le ofrecen.

—¡Calla! —dijo el comendador.

Y como si se hubiera olvidado de la señora Mariana y de Consuelo, inclinó la cabeza, cerró los ojos y meditó.

Querubín, el desgraciado hijo de don Juan de Monzón y de la condesa, debía de estar o pronto estaría en relaciones con Leandro, lo cual era demasiado peligroso, puesto que así podía fácilmente suceder que la infeliz madre llegara a saber lo que había sido del hijo de su pasión y su debilidad.

Este peligro y otros muchos era imposible que se le ocultasen al comendador.

Después de algunos minutos levantó el anciano la cabeza, se pasó las manos por la frente y dijo al criado:

—Háblame ahora de las dos mujeres que viven en la Costanilla.

—El travieso Querubín me ha dado noticias de ellas.

—Repite sus palabras.

Obedeció Andrés. El rostro del comendador iba cubriéndose de palidez mortal.

—Ya no le quedaba duda de que la infeliz Mariana era la mujer a quien él había seducido y abandonado cruelmente; no le quedaba duda de que Consuelo era su hija.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por la frente del caballero.

Necesitaba desaturdirse, coordinar sus ideas y reflexionar muy detenidamente, pues la situación era muy delicada.

—¡Déjame! —dijo.

—¿Nada más quiere saber vuestra señoría?

—¡Nada más ahora! ¡Después hablaremos!

Hizo el criado una profunda reverencia y salió.

—¡Oh! —exclamó el caballero— ¡Todo se conjura contra mí; pero estoy decidido a luchar, y no retrocederé! ¡La condesa cederá, mal que le pese; Leandro se casará con María, y en cuanto a esas dos infelices mujeres, adoptaré una resolución, pues, a más de un estorbo, pueden ser un peligro! ¡También me preocuparé de Querubín!

CAPÍTULO XXX

Alianza ofensiva y defensiva

El hijo de la condesa llegó a la costanilla de Santiago en un estado de agitación la más violenta, y entrando en la casa donde Consuelo vivía, atravesó el portal sin cuidarse del señor Policarpo; pero éste se le

vantó, corrió, y atajando el paso al ilustre caballero, le dijo:

—Perdone vuestra señoría; pero es preciso, absolutamente preciso, que hablemos.

—¡Después! —replicó Leandro.

—¡Ha de ser ahora, porque suceden cosas muy graves!

A pesar de esto, el hijo de la condesa no quiso escuchar, y principió a subir la escalera; pero el buen sastre, convencido de que cumplía un deber, insistió, diciendo:

—¡La pobre Consuelo está medio loca; la señora Mariana!...

—Lo supongo —interrumpió Leandro.

—¡Ha estado aquí!..

—Mi madre; ya lo sé.

El señor Policarpo fijó una mirada de sorpresa profunda en el caballero.

—¡Que lo sabéis!

—Sí.

—Consuelo dice que es una santa la señora condesa, y, sin embargo..

—Nada de eso ignoro.

—¿Y también sabréis lo del señor Querubín?

—No os entiendo—dijo Leandro en tanto que atravesaba el corredor.

—Pues no ignora vuestra señoría que el señor Querubín es el hijo o el ahijado del señor de Guevara; y como ayer se presentó aquel hombre, cuya cara no me gusta, y preguntaba por Consuelo, y el otro respondió y se fueron juntos, y...

—¿Acabaréis?—replicó Leandro más aturdido cada vez y deteniéndose al fin...

—Si vuestra señoría me dejase hablar...

—¿Qué hombre es ése?

—No lo sé, ni tampoco ha querido decírmelo el señor Querubín; y como preguntaba por ellas...

—¡Explicaos!

—Vamos a mi habitación, porque aquí no es prudente hablar.

Comprendió el joven que la situación se complicaba, y, sobre todo, le llamó la atención que otra vez se pronunciase el nombre del señor de Guevara o el de Querubín cuando se trataba de Consuelo.

¿Eran éstos dos enemigos a quienes debía temerse más que a ninguno?

Como los enamorados se trastornan fácilmente, y hacen las deducciones más absurdas, sospechó el hijo de la condesa que algo podía tener de común la extraña conducta de su padre con la del señor de Guevara y la de Querubín.

De todas maneras, le convenía escuchar al señor Policarpo, y le siguió, esforzándose por dominar su impaciencia.

Cuando estuvieron en la pobre habitación del sastre, éste refirió lo que había sucedido cuando Andrés se presentó para hacer averiguaciones sobre las dos infelices mujeres.

Algo significaba esto, aunque algo que el hijo de la condesa no podía adivinar.

¿No era conveniente adoptar una resolución para poner en claro el asunto?

Cualquiera que fuese el móvil del proceder del señor de Guevara y de Querubín, era menester conocerlo, pues sólo así podrían tenerse todos los hilos de aquella intriga.

En vano el joven hizo preguntas al señor Policarpo, pues éste no podía decir más que lo que había visto y lo que había oído, y estaba no menos confuso que los demás.

Reflexionó Leandro, en cuanto era posible reflexionar en aquellos momentos de profundo trastorno.

Ante todo quiso ver a Consuelo, sin perjuicio de ir después en busca del señor de Guevara y de Querubín.

Ya eran inútiles las reservas.

Habíase guardado cuidadosamente el secreto de aquel amor; pero empezaban a conocerlo muchos, y parecía que todos se habían propuesto complicar la situación.

Entró Leandro en el aposento de las dos pobres mujeres.

Las huellas inequívocas del llanto veíanse en el rostro de Consuelo.

La señora Mariana estaba inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho y medio cerrados los ojos.

Su frente se había contraído y cubierto de nerviosa palidez. Era indudable que una borrasca agitaba su espíritu.

Nadie como ella había comprendido las oscuras palabras de doña Margarita, en cuanto era posible comprenderlas; pero no adivinaba la verdad, no sospechaba que había de por medio una cuestión de honra y una infeliz criatura a quien sus padres buscaban inútilmente.

La condesa reconocía que Consuelo era digna de unirse al ilustre Leandro, y, sin embargo, estaba dispuesta a poner toda clase de estorbos a su unión.

Los dos jóvenes se contemplaron tristemente y sin articular una sílaba.

Después de algunos momentos levantó la cabeza la señora Mariana, y fijó su mirada sombría en el caballero.

¿Por qué no hablaban?

Querían decir mucho, hubieran querido expresar lo que sentían; pero esto era imposible. La joven rompió al fin el silencio para decir:

—¡Leandro, ahora más que nunca tengo fe ciega en tu amor!

—Ese es un acto de justicia—respondió Leandro, porque algo había de responder—. ¡Tú también me amas como siempre, más que nunca!

—No te equivocas. Pero de repente me encuentro envuelta en la obscuridad de un misterio.

—Yo también.

—¿Qué sucede?

—Tú podrás decírmelo, y he venido para que me lo digas.

—¡Yo no lo sé!

—¡Yo tampoco!

—Entonces...

—Tenemos enemigos.

—El enemigo no es tu noble madre.

—Mi madre desea mi felicidad, reconoce que eres digna de mi amor, y al mismo tiempo...

—Te aconseja que me olvides; ¿no es verdad?

—Me lo suplica.

—¿Y por qué?

—No ha querido darme explicaciones.

—Tampoco a mí, pues lo único que me ha dicho es que por muy desgraciada que yo llegue a ser, no puedo serlo tanto como ella; por mucho que yo sufra, no puedo sufrir lo que ella sufre. Y tu madre no miente, Leandro; no miente, porque así me lo dice el corazón, porque su acento ha resonado en lo más profundo de mi alma. Tenemos enemigos, sí; pero esos enemigos lo son también de tu noble madre. Ella acusa a la fatalidad, asegurando que de la negra fatalidad que la persigue es de quien únicamente debemos quejarnos.

—Eso no es decir nada.

—Sin embargo, de todo ello resulta que nuestro amor es una desgracia para tu madre, y, por consiguiente...

—Consuelo, piensa...

— ¡Cumpliré mi deber!

— ¿Y en qué consiste?

— ¡En olvidarte!

Estas palabras terribles arrancaron al joven un grito de desesperación.

Consuelo, con una serenidad que en aquellos momentos era inconcebible y terrible, preguntó:

— ¿Te falta el valor, Leandro?

— ¡Oh! — exclamó el joven apretando los puños con desesperación.

— Es preciso, pues creo que sólo así podemos devolver la tranquilidad a tu infeliz madre.

— ¡No, Consuelo; no te olvidaré, y antes que abandonarte prefiero la muerte!

— ¿De qué sirve nuestra voluntad cuando se oponen las circunstancias?

— ¡Quiero aclarar el misterio, y lo aclararé; quiero conocer a mis enemigos, y cuando los conozca, los aniquilaré.

— ¿Y tu madre?

— ¡La defenderé!

— No bastan tus buenos propósitos, y debes pensar que cuando se opone a nuestra unión, debe de tener razones muy poderosas. Si a mí me dijese que mi madre había de sufrir porque yo te amase, me arrancarí el corazón si de otra manera no podía olvidarte. Mil veces me has dicho que tu madre es una santa, es una mártir, que ha vivido solamente para ti, que por ti lo ha sufrido todo, que por tu felicidad daría la existencia y se la vería morir con la sonrisa en los labios.

— No te equivocas.

— Y por una madre como la tuya...

— ¡Consuelo, me atormentas horriblemente!

— ¿Acaso yo no sufro?

No se sentía Leandro con fuerzas para continuar la conversación, ni tampoco tenía nada que decir, a menos que tratara de su casamiento con la hija del comendador, lo cual no creyó oportuno indicar siquiera.

La hija de Mariana, Dios sabe a costa de qué dolorosos esfuerzos, habíase empeñado en dar nuevas pruebas de su grandeza de alma, y se había colocado en un terreno muy desagradable para Leandro.

Pensó éste que ante todo era conveniente poner en claro lo que se relacionaba con el señor de Guevara y Querubín.

No quiso hablar del desconocido que se había presentado el día anterior, ni mucho menos hizo alusión a la conducta de su padre.

Levantóse, pues, disponiéndose a salir.

—¿Ya te vas ?—le preguntó sorprendida Consuelo.

—Sí, porque ninguna resolución quiero adoptar antes de saber a qué atenerme. No ignoras que en nuestros asuntos se ha mezclado ese caballero llamado Guevara, a quien conoce el señor Policarpo.

—¿Una curiosidad!

—Me parece que algo más debe de haber, y quizá el señor de Guevara nos dé la clave para descifrar el enigma.

—¿Piensas verle ?

—Sí; voy a buscarle.

—Me parece que nada conseguirás, porque, según entiendo, ese hombre, para emplear el tiempo en algo, se ocupa en averiguar vidas ajenas.

—¿Cómo ha tenido mi madre noticia de nuestro amor ?
¿Quién le ha referido tu historia con todos sus detalles ?
¿Quién ha podido darle la seguridad de que yo te amaba ciegamente ?

—No me lo ha dicho.

—A mí también me lo oculta. Nadie ha penetrado este

secreto más que el señor de Guevara, y, por consiguiente, nadie más que él ha podido revelarlo.

—Aun suponiendo que así haya sucedido, ¿qué alcanzarás ?

—Desgraciadamente, nada; pero el señor de Guevara, si no es mi enemigo, si no se propone hacerme mal, aclarará todas mis dudas.

—Después que las aclare, sería la misma nuestra situación.

—Tal vez mi buena madre parta de un error que sea posible desvanecer.

—Puesto que nada se pierde por pedir explicaciones al señor de Guevara...

—Lo haré ahora mismo.

—¡Adiós, Leandro!

—Pronto volveré, porque supongo que a estas horas debe de estar en su casa el señor de Guevara.

Salió el joven, y sin escuchar al sastre, tomó por la calle de Milanese y salió a las Platerías. Iba tan preocupado, que no reparaba en los que pasaban a su alrededor.

De repente oyó pronunciar su nombre; se detuvo, y volviendo la cabeza, vió al señor de Guevara y a Querubín.

—¡Ah!—exclamó Leandro con sorpresa y alegría.

—Perdonad—dijo el hidalgo—; pero me parece que vais a buscarme, y por eso os he detenido.

—¿Y por qué lo suponéis así ?

—Un presentimiento, y nada más.

—Algo más que presentimiento debe de ser.

—¿Acaso me equivoco ?

—No.

—Pues, entonces...

—Quiero hablar con vos.

—De un asunto grave; ¿no es verdad ?

—Sí.

—¿Y también desearéis que en la conversación tome parte mi hijo?

—También.

—Pues dentro de dos horas nos tendréis a vuestra disposición.

—¡Dentro de dos horas!

—Señor de Sandoval, cuando un hombre tiene el estómago vacío no sirve para nada, y eso es lo que a mí me sucede en estos momentos. Es la una y media, me atormenta el hambre, y quiero comer antes de tratar ningún asunto.

—Yo tampoco he comido.

—Si me fuera posible ofreceros los delicados manjares a que está acostumbrado vuestro paladar...

—Señor de Guevara, nunca nos ha unido una amistad íntima; pero dos caballeros como nosotros pueden comer juntos aunque nunca se hayan visto.

—Ciertamente.

—Por un exceso de delicadeza no me ofrecéis vuestra comida; pero yo, con menos miramiento, os ofrezco la mía.

—¿En vuestra casa?

—No, porque entonces no podríamos hablar con la libertad que deseo. A mi casa enviaré un recado para que no me aguarden, y comeremos en una hostería.

—¡Me parece bien la idea!

—Vamos, pues, si vuestro hijo...

—Acepto de buena gana—dijo entonces Querubín.

—Os dejo la elección, señor de Guevara.

—Pues por aquí.

Entraron en la plaza Mayor, y después en la hostería donde ya una vez hemos estado.

Cuando los criados vieron el terciopelo y el oro que brillaba sobre la ilustre persona del hijo de la condesa,

apresuráronse a ofrecer sus servicios con el más profundo respeto.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó el buen hidalgo sonriendo maliciosamente— ¡Sois unos villanos ruines hasta el último grado de la ruindad! Pero, afortunadamente, os conozco, y algún día tendré el placer de romperos las costillas a cintarazos. Escuchad, y obedeced prontamente.

Los criados, aunque conocían demasiado bien al señor de Guevara, quedaron aturridos.

—Uno de vosotros—prosiguió diciendo el hidalgo— correrá hasta la calle del Barquillo, donde habita el muy ilustre y muy noble conde de Rocanegra, y dirá que no aguarden a comer a su hijo, el señor don Leandro, porque hoy me honra con su compañía: y mientras esto hacéis, arréglese también la mesa, y venga lo mejor que haya en esta casa, si es que hay algo bueno.

Apresuráronse a obedecer los criados, porque comprendieron que no era el hidalgo, sino su amigo, el que debía pagar, y, por consiguiente, contaron con un crecido percance.

Habíanse colocado en una habitación donde no había más que una mesa, y, por consiguiente, nadie debía interrumpirlos.

Leandro no tenía mucho apetito, y, poco más o menos, le sucedía lo mismo a Querubín; pero, era preciso comer, y comieron.

En cambio, el señor de Guevara tenía las mejores disposiciones para engullir cuanto pusieran sobre la mesa.

Sirvieron la comida.

No dieron desde luego principio a la interesante conversación, porque los criados entraban y salían sin cesar y porque también al señor de Guevara le pareció conveniente fortificar ante todo el estómago.

Se vaciaron algunas botellas.

El hidalgo se mostraba muy complacido, pues había

empezado a tener esperanza de que se arreglase muy bien el asunto de los amores de Querubín.

Si hubiera conocido el secreto de la condesa, no hubiera estado tan tranquilo.

Querubín, más que comer, bebía, y aunque parecía muy preocupado, a los diez minutos había recobrado su característica viveza, y hasta parecía de buen humor.

Cuando ya no tenían que entrar los sirvientes, dijo el señor de Guevara:

—Mi cabeza está firme, y podemos principiar.

CAPÍTULO XXXI

Los consejos de Consuelo

El hijo de la condesa dejó de comer y dijo:

—Me parece inútil que recordemos ciertos antecedentes.

—Como bien os parezca—dijo el hidalgo—. Supongo que hemos de hablar de vuestros amores, y, por consiguiente...

—¡Perdonad!—interrumpió Querubín.

—¿Qué quieres?

—Yo me entenderé con el señor don Leandro, y le evitaré la molestia de hablar mucho, lo cual no os estorbará para hacer las observaciones que mejor os parezcan.

—Cúmplase tu voluntad, hijo mío: entretanto yo acabaré con el contenido de esta botella.

Leandro fijó la mirada en el travieso Querubín, y éste, con la seguridad del que sabe que no ha de equivocarse, dijo:

—Señor don Leandro, desde hace algunos días estáis aturdido; y no me sorprende, pues lo que pasa es para que se aturda cualquiera.

—¿Quién ha dado a conocer a mi madre el secreto de mi amor ?

—Debierais haberlo adivinado; pero, ya que no ha sucedido así..:

—Vos o vuestro padre.

—Os equivocáis.

—¿Sabéis quién se lo ha dicho ?

—Sí.

—¿Podéis darme una prueba ?

—Os la daré con sólo pronunciar el nombre de don Pedro de Saavedra.

—¡El comendador!

—Eso es.

—Pero él...

—Lo ha sabido por su hija, y si reflexionáis, comprenderéis que nadie estaba tan interesado como ella en descubrir el secreto, pues así podía defenderse mejor cuando quisiesen obligarla a ser vuestra esposa.

—Reconozco mi torpeza para discurrir.

—Ahora os falta saber quién ha podido revelar el secreto a la hija del comendador; y si volvéis a reflexionar, adivinaréis fácilmente que nadie puede haber sido más que ese amante misterioso que se introducía en el jardín de la casa de don Pedro, dando lugar al escándalo de que aun hablan los murmuradores.

—¿Y ese amante ?...

—Mi buen padre le conoce.

—Es verdad—dijo el señor de Guevara mientras llenaba su vaso—. Le conozco, estoy decidido a protegerle, y dejaré de ser quién soy si no consigo que se case con la hija de Saavedra.

—Ahora me explico por qué habéis mostrado tanto empeño en averiguar todo lo que se relaciona con la mujer a quien amo.

—No somos vuestros enemigos, caballero, sino que,

por el contrario, estamos dispuestos a favorecer vuestros deseos; y si comprendéis vuestros intereses, nos uniremos, y seremos más fuertes que nuestros adversarios. Amor con amor se paga, y, por consiguiente, nada más justo que nos ayudéis en pago de la ayuda que os ofrecemos.

—¿Qué podéis hacer por mí?

—Mucho—respondió el atrevido mancebo.

—¿Qué esperáis de mí?

—Mucho también.

—Ante todo, sería conveniente que me dijeseis por qué os interesáis tanto en este asunto.

—Señor don Leandro—replicó Querubín sonriendo levemente—, bien se conoce que estáis trastornado.

—¡Oh!

—Os confiaré otro secreto que habéis debido adivinar.

—No os comprendo.

—Yo soy el misterioso amante de María.

—¡Vos!

—Si os ofrezco mi auxilio es porque puedo sostener el valor que hasta ahora ha demostrado la hija de don Pedro: mientras lo sostenga, ella se negará a ser vuestra esposa; y mientras se niegue...

—¿Entiendo, entiendo!

—Más todavía, mucho más puedo hacer.

Leandro miraba con asombro a Querubín, que prosiguió diciendo:

—Os conviene mucho conocer la historia de la señora Mariana y averiguar quién es el padre de Consuelo.

—Sí, me conviene; pero es imposible conseguirlo, porque esa infeliz mujer no ha de recobrar el uso de la palabra, y como supongo que no sois médico...

—¿Y para qué necesito que hable la señora Mariana? Su mutismo es un inconveniente; contra ese inconve-

niente, lo mismo que contra todos en el mundo, están los recursos del ingenio. En el jardín de la casa del comendador me vi la otra noche entre un par de pistolas y una pared alta y lisa como la palma de la mano, y ya sabéis que con el ingenio conjuré el peligro.

—Reconozco que valéis mucho; pero...

—No me quedaba más medio para volver a entrar en la morada de don Pedro, porque se me presentaban los inconvenientes de las cerraduras, de los cerrojos y una constante vigilancia; pero vino en mi ayuda el ingenio de una criada de María, y ahora todas las noches entro en la casa y hablo mucho, tranquila y descuidadamente, con la que es objeto de mi pasión.

—Aturdido me sentía; pero ahora...

—¿Lo estáis más ?

—Sí—dijo Leandro, que había concluido por contemplar con admiración al audaz mancebo.

—No puede hablar la señora Mariana.

—Tampoco la ciencia tiene medios de devolverle el uso de la palabra.

—Pero esos medios que a la ciencia le faltan, a mí me sobran.

—¡ Señor Querubín !

—No lo conseguiré en un día ni en dos; pero os juro que antes de un mes la madre de Consuelo nos habrá dado a conocer la situación en que se encontraba cuando nació su hija; y como supongo que en su historia figura algún miserable seductor...

—No os equivocáis.

—Sabremos quién es.

—Creo que os engaña vuestro deseo.

—Lo que no se me alcanza, permitidme que os lo diga con franqueza y sin intención de ofenderos, es cómo no se os ha ocurrido desde el primer día hacer lo

que a mí me veréis poner en práctica con mucha acilidada.

—Otra vez reconozco mi torpeza.

—Torpe habéis sido, y también cuantas personas se interesan por la suerte de esa infeliz.

—Si queréis explicaros...

—Permitidme el placer de sorprenderos.

—Respeto vuestra reserva.

—No os arrepentiréis.

—Ya que sois adivino, o poco menos, ¿podréis decirme por qué mi madre ha cambiado repentinamente de conducta y me suplica que me case con la hija del comendador?

—Si antes os había dejado en libertad...

—Sí.

—Eso es incomprensible.

—Mi noble madre reconoce que Consuelo es digna de mi amor.

—He ahí un misterio que nadie puede aclarar más que vuestra misma madre o el comendador Saavedra; aunque tal vez...

Querubín se interrumpió y miró al señor de Guevara.

—¡Vive al cielo!—exclamó éste, que había permanecido silencioso, lo cual era muy extraño en él.— ¡Bueno es el vino que nos han dado! ¡Rayos y truenos! ¿Y por qué me miras así, hijo mío?

—Porque como os he dado a conocer mis sospechas y es tan grave el negocio...

—No hay gravedad que valga. ¿Acaso no es ya nuestro amigo, y también nuestro aliado, este caballero? Pues, siendo así, nuestra obligación es hablar con franqueza, por más que la verdad sea demasiado desagradable.

—Desde este momento—dijo Leandro—la reserva entre nosotros significa una deslealtad.

—Pues bien, caballero, sabed que a vuestro padre..

—¡Ahl

—Le he visto...

—Yo también; y poco faltó anoche para que sobreviniese la más espantosa desgracia.

—Caballero, no quisiera herir vuestros delicados sentimientos filiales; pero la situación me obliga a preguntaros qué clase de suposiciones habéis hecho.

—Las peores.

—Solamente así se explica que la señora condesa, vuestra madre, haya cambiado de conducta.

—Por esta vez os equivocáis.

—Explicaos, si a bien lo tenéis, que ante la razón me daré por vencido.

—Hace bastante tiempo que el comendador Saavedra mostró deseo de que yo fuera esposo de su hija.

—Lo sé.

—Mi madre me habló de este asunto; pero apenas le dije que no amaba a la hija de don Pedro, a pesar de que es un tesoro de belleza y de virtudes, desistió de semejante proyecto.

—Muy bien.

—Poco más o menos, me dijo mi madre entonces estas palabras: «Cásate con la mujer a quien ames, rica o pobre, noble o plebeya, porque sólo así serás dichoso; y la que elija tu corazón será buena para mí si te ama y es virtuosa.»

—Dice el mundo que la señora condesa es una gran mujer, y veo que el mundo no se equivoca.

—Tiene lugar la otra noche el suceso en que representasteis el principal papel; al día siguiente va el comendador a mi casa, y mi madre cambia repentinamente de conducta, aunque todavía ignoraba que yo amase a Consuelo y ni siquiera sospechaba que pudieran sobrevenir complicaciones por el proceder de mi padre.

—¡Por las orejas de Barrabás! —exclamó el señor de Guevara— ¡Por primera vez en mi vida me aturdo, y el diablo me lleve si entiendo lo que pasa!

—Yo tampoco.

—¡Me doy por vencido! —dijo Querubín.

—No hay efecto sin causa: esto bien lo sé —repuso Leandro—; pero la causa no la adivino. ¿Por qué me suplica mi madre que me case con la hija del comendador? ¿Por qué asegura que este sacrificio que me exige no es nada comparado con el que ella hace? ¿Por qué dice que Consuelo, después de verse abandonada por mí, con el alma llena de amargura y destrozado el corazón, debe considerarse más dichosa que ella, y menos que ella sufrirá?

—¡Misterio! —murmuró Querubín.

—¡Oh, sí; un misterio que no puedo penetrar!

—Señor don Leandro, vuestra noble madre guarda un secreto.

—¡Y no quiere revelarlo!

—Ese secreto le conoce el comendador; no lo dudáis.

—Siendo así, exigiré a don Pedro explicaciones.

—Que no os dará.

—Tendré entonces motivo para quejarme, para considerarme ofendido.

—No, porque os es imposible probar que el comendador conoce el secreto.

—Sin embargo, haré la prueba.

—Nada conseguiréis.

—Me parece —dijo el señor de Guevara, que de vez en cuando dejaba de beber para tomar parte en la conversación— que os calentáis la cabeza en vano.

—¿Pues qué hemos de hacer?

—El tiempo es un gran auxiliar, y dejando que el tiempo pase, todo se pondrá en claro.

—Pero entretanto mi madre me obliga a decidir.

un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir, a pesar de intentarlo al ver que su madre sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo. La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro; el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó la noticia de su muerte. Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Reanudó sus amores con doña Margarita, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid. Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle. Se retiró a vivir a su palacio, mientras la condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruíamente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija. Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Éste descubrió a la condesa que conocía su secreto y que sabía dónde se encontraba el hijo perdido. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Ésta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de éste a las habitaciones. Querubín descubre a María los amores de Leandro y Consuelo; y María se los relata luego a su padre, como un motivo más para rechazar esa boda. El comendador averigua que la amada de Leandro es una hija suya, que abandonó tiempo atrás, e implacable, decide quitarla de en medio y realizar la unión de María con Leandro, cueste lo que cueste. Para ello vuelve a visitar a la condesa de Rocanegra, y le pone al corriente de lo que sucede, ocultando que Consuelo es hija suya, y en cambio, calumniándola.

La condesa va a casa de Consuelo a cerciorarse de si la muchacha es o no digna de su hijo. Allí encuentra casualmente a su esposo, el conde, y se entera de que intenta seducir a la amada de su hijo, ayudado por una infame vieja que habita en otro de los pisos.

El conde divisa a la condesa en el oscuro patio, y creyéndola una joven bonita quiere obligarla a descubrirse. En tan crítico momento, acude Leandro, acompañado de su fiel criado Pedro, y comienza a batirse con su padre, mientras el criado facilita la huida de la condesa. En el curso del combate se reconocen padre e hijo y envainan las armas.

Leandro sabe que su madre conoce sus amores y no ignora que es don Pedro quien se los ha descubiertos; pero cree que a éste se los ha contado el señor de Guevara, protector de Querubín, y se promete pedirle cuentas.

Lo que no comprende es por qué está su padre en aquella casa. En cambio, el conde descubre su secreto, y con malos propósitos habla con la condesa para impedir aquellos amores. La condesa, con el alma destrozada, habla más tarde con Leandro, y aunque le hace grandes elogios de Consuelo y le asegura que es dignísima de casarse con él, le pide que se case con María.

Leandro decide descubrir el terrible secreto que fuerza a su madre a obligarle contra su voluntad a esa boda.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1ª SERIE

1	María Irujo	Rultabós	11	El libro	El hombre encadenado
2	—	El bufo por sacrificio	12	—	Indomable en fuego
3	—	(Por ella)	13	La Rosa	El castigo del viento
4	—	La historia de una mujer	14	—	Al saber inquietas
5	—	La venganza del Destino	15	—	El capitán Legenda de Jerez
6	—	El secreto de Mari-Rosa	16	—	Los señores de Francisco J y la Gloriosa
7	—	Utrage mortal	17	—	La venganza dolorosa
8	—	Las cosas son	18	—	La herencia
9	El libro	El libro	19	—	El castigo de guerra
10	—	—	20	—	El hijo de Soria

PRECIO DE CADA TÍTULO, 50 PUNTOS

500 PUNTOS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS